

UNA TUMBA de PAPEL

WILMA MONTESSI



Attilio Piccioni, ministro de Asuntos Exteriores, tenía un hijo que era músico de "jazz". Este hijo, Gian Piero, es ahora acusado de homicidio.

El "nuevo Galaad", el "caballero del Derecho", ha construido un sumario de 20.000 folios

LA MISTERIOSA JOVEN DE LA CHAQUETA AMARILLA

La historia, la triste historia de Wilma Montesi, aquella joven y guapa romana que apareció muerta en circunstancias misteriosas una mañana del mes de abril de 1953 sobre la arena de la playa de Tor Varjanica, va a entrar en su fase final. El juez Rafaelo Lepe, "el gigante del Palacio de Justicia", el "Hércules de la verdad", "el nuevo Galaad", como le llama la Prensa italiana, ha terminado de instruir el sumario y ha hecho entrega al procurador general de la Corte de apelación de Roma de un mamotreto compuesto de 20.000 folios. La vista del proceso Montesi empezará en el próximo mes de octubre.

Es probable que este proceso se siga en una ciudad de Italia central y no en Roma, para evitar que se repitan los desórdenes que se originaron con motivo del proceso seguido contra Muto, el periodista que formuló acusaciones tan concretas a raíz de la muerte de Wilma Montesi, no solamente Italia, sino el mundo entero civilizado, aguarda con impaciencia el comienzo de las sesiones encaminadas a esclarecer la verdad y a aplicar una justicia severa y estricta. Este proceso, según ha declarado el juez Lepe, será uno de los más difíciles que haya conocido la justicia italiana

en los últimos cincuenta años. Después de un largo período de instrucción del sumario, van a comparecer ante los jueces italianos los tres protagonistas de este trágico y abominable suceso; a quienes Lepe ha procesado por los siguientes supuestos delitos; a Piero Piccioni, hijo de un ex ministro de Asuntos Exteriores, le acusa de homicidio involuntario en la persona de Wilma Montesi; al falso marqués Ugo Montagna y al ex comisario de Policía Laverio Polito, de haber impedido con coacciones la acción de la justicia, y aparte de estas figuras principales del drama, dieciocho comparsas tendrán que responder del delito de falso testimonio ante otra jurisdicción.

EL TESTIGO PICCINI

El juez Rafaelo Lepe mantiene la teoría de que la muerte de Wilma Montesi no fué accidental. Rechaza resueltamente la hipótesis de que sufrió un desvanecimiento cuando estaba tomando un pediluvio y arrastrada por el mar al perder el conocimiento, murió ahogada. Afirma que la infortunada joven fué abandonada en la playa, cerca del mar, privada ya del conocimiento después de una noche de orgía en que, incitada por el falso marqués y por Piccioni, abusó de los estupefacientes. El joven Piero Piccioni la llevó desvanecida hasta la playa y, creyéndola muerta, la abandonó junto al mar. Se basa esta afirmación en un dictamen médico que fija la hora de la muerte de la víctima poco tiempo antes de descubrirse el cadáver, y Wilma Montesi faltaba desde dos días antes de su casa.

Piero Piccioni había sido visto en unión de Wilma Montesi en los días que precedieron al 11 de abril de 1953, en que el cadáver de la joven fué encontrado en la playa por un obrero. El testigo principal que hace estas afirmaciones es Mario Piccinini, mecánico, que ha reconocido en las fotografías de Wilma Montesi a la joven, "muy guapa, morena y de largos cabellos", que acompañaba al dueño de un "1900 Alfa", negro, que estaba averiado en la playa de Tor Varjanica, cerca de Ostia, y que él reparó. Esto ocurría en los últimos días del mes de marzo. Piccinini afirma, igualmente, reconocer en Piero Piccioni al joven propietario del automóvil. Pero parece ser que las declaraciones de Piccinini no tienen gran fuerza legal, porque al hablar del joven acompañante de la Montesi le describe con cabellos rubios, y Piccioni los tiene negros. En los días que siguieron a la muerte de la Montesi, los periódicos hablaron insistentemente de un misterioso joven rubio y de su Alfa negro y el nombre de Piero Piccioni, "artista conocido, músico de "jazz", saltó también a las planas de los periódicos y a los comunicados de las agencias, sobre todo a los de las que tenían mayores o menores contactos comunistas.

A Piccinini le ayudó a arreglar la avería del Alfa negro otro mecánico llamado Alfonso Di Francesco. Requerido por el juez Lepe y puesto en presencia de varios jóvenes, entre los que se encontraba el propio Piccioni, no vaciló en reconocer a éste como el ocupante del coche. Pero en sus declaraciones surgió otra contradicción; afirmó resueltamente que la joven que le acompañaba era pelirroja.

Claro es que las declaraciones de Piccinini y de su colega Di Francesco, se refieren a una fecha del mes de marzo y Wilma Montesi fué hallada muerta el 11 de abril. Mas en el voluminoso sumario figuran otros testigos de cargo, que son más rotundos y, por tanto, más importantes que los dos mecánicos. Sus declaraciones, en las que no hay contradicciones, se contraen, además, a la fecha del 10 de abril, o sea, un día antes de encontrarse el cadáver.



A las cinco y media de la tarde del 10 de abril, la señora Tolè Mansi vió a una pareja en la playa de Tor Varjanica. La chica—alta morena—llevaba puesta una estrepitosa chaqueta amarilla, que luego apareció bajo el cadáver.

PUEBLO

Fin de semana

SUPLEMENTO DE LOS SABADOS

MADRID, SABADO 9 DE ABRIL DE 1955



El falso marqués Ugo Montagna, complicado en la siniestra aventura en que halló la muerte Wilma Montesi.

LA CHAQUETA AMARILLA

La señora Jole Mansi habita, en unión de su esposo, en un chalet situado al borde de la playa y próximo a la residencia de Capocotta, donde se ha comprobado que se reunían Piero Piccioni y el falso marqués de Montagna con un grupo de amistades, entre las que figuraban mujeres jóvenes y guapas. Vecina de la señora Mansi era la señora Anna Salvi, que se había ido a vivir a aquel lugar por la precaria salud de su esposo. Las señoras Mansi y Salvi eran amigas y se visitaban mutuamente. El día 10 de abril de 1953, a las cinco y media de la tarde, estaban las dos amigas sentadas en la terraza de la señora Mansi, contemplando el mar. "Recuerdo perfectamente la hora —ha declarado esta última— porque acababa de venir el lechero." En ese momento vieron a una pareja paseando por la orilla. En el hombre no se fijaron, pero sí en la mujer, porque, según las dos damas, vestía de una manera muy llamativa. "Era alta, morena —son manifestaciones de la señora Mansi— y llevaba una chaqueta amarilla que no me gustaba nada por lo estrepitosa." Ambas señoras estuvieron largo tiempo contemplando a la pareja y haciendo comentarios sobre el mal gusto en el vestir de las jóvenes actuales. Esto les permitió

recoger bien la imagen de la mujer y formarse una exacta idea de la chaqueta amarilla. Esta chaqueta amarilla fué encontrada después cerca del cuerpo de la Montesi y reconocida por la señora Mansi como la que llevaba la joven que se paseaba con un hombre por la orilla del mar en la tarde del 10 de abril. Y ella y la señora Salvi han identificado, a la vista de fotografías, a Wilma Montesi con aquella joven.

Estas dos damas, la propietaria de un quiosco de periódicos, la señora Bollell y los mecánicos Piccinini y Di Francesco, son las únicas personas que afirman haber visto a la Montesi en diferentes fechas, en el lugar donde después encontró la muerte.

EL MISTERIO DE LA DOBLE VIDA

A Wilma Montesi se la ha presentado como una víctima más del afán de placer y del ansia de lujo. Se habló de su doble vida. Una vida, en su hogar, de joven sencilla, modesta y trabajadora, que mantenía relaciones con un bizarro "carabinieri" destinado fuera de Roma, y otra en Capocotta, como un miembro más del círculo de los Montagna y los Piccioni, en el que se rendía culto a los placeres. Pero parece ser que la requisitoria excluye esta doble vida. Las investigaciones de

(Pasa a la página siguiente.)

¿Viuda de dos ahorcados?

El sargento Dunne mata al sargento Waters y se casa con una bella alemana

Cuando parecía olvidado el suceso, Scotland Yard LO ESCLARECE Y DETIENE AL PRESUNTO ASESINO

EN la noche del 30 de enero de 1953, el sargento del Ejército británico Frederik Emmet Dunne, un coloso de 1,85 metros, de brillante historia militar, descubrió, suspendido de la barandilla de una escalera, en los cuarteles del Ejército inglés de ocupación, en Duisburg (Alemania), a su mejor amigo Reginald Waters, igualmente sargento de Su Graciosa Majestad. Frederik tocó el cuerpo de Reginald. No cabía duda de que era cadáver. Y comunicó el hallazgo a sus superiores. El doctor Alan Wonack, médico de Duisburg, descolgó al ahorcado, certificó el suicidio y dió el permiso para inhumarlo.

REGINALD WATERS TENIA MUCHAS PREOCUPACIONES

Reginald Waters estaba casado desde 1948 con una bonita alemana que había conocido en un baile de Mulheim. Esta contó a la Policía que su esposo tenía dificultades económicas, que bebía mucho y que sus preocupaciones tomaron durante los últimos meses de su vida una forma netamente patológica. Estas explicaciones parecieron lógicas, y la señora Waltrant, esposa alemana de Reginald pasó a ser una viuda más.

En la semana última, o sea, apenas pasados los dos años de la muerte del sargento, dos inspectores de Scotland Yard salen de Londres y se dirigieron a la pequeña localidad de Taunton (Somerset), donde encontraron a la señora Waltrant y a Frederik Emmet Dunne, casados y enamoradísimo. Los agentes detuvieron a Frederik bajo la precisa acusación de asesino de su amigo Reginald Waters.

—Frederik —le dijeron los detectives— subamos que fué para poder casarse con Waltrant, por lo que estrangulásteis a Reginald. Si el cadáver de éste apareció colgado, ello no tuvo más objeto que despistar a la Policía para que ésta creyese en un suicidio. Scotland Yard había esperado largo tiempo antes de detener al sargento. Desde hacía ya seis meses se recogían pruebas y se llevaban a cabo investigaciones en Alemania e Inglaterra. Los primeros rumores sobre el caso llegaron a Scotland Yard a través de manifestaciones casi sin importancia, de soldados ingleses y de gentes de cabaret alemanes: "La viuda Waters no ha tardado mucho en volver a contraer matrimonio." "Waters no era de los que podía esperarse se suicidara."

SCOTLAND YARD ENVIA A UN DETECTIVE Y UN MEDICO

Hace ya un mes, Scotland Yard envió a Alemania al famoso doctor Francis Camps, y al jefe de detectives Colin Mac Dougall. El primero era portador de un permiso de exhumación, y el segundo, de un voluminoso expediente. El 27 de febrero, a la débil claridad del alba, en el glacial cementerio de Colonia, los soldados de Su Majestad desenterraban el cadáver de Waters.

Dos hombres se inclinaban sobre los restos del sargento: el doctor Camps y otro joven galeño, el doctor Wonack. Camps escribía notas en un pequeño y misterioso carnet de cuero verde. Cuando lo cerró, ya tenía formada su opinión. Una ambulancia recogió el cadáver del sargento para trasladarlo a sesenta kilómetros de allí, al hospital militar de Múnchen-Gladbach.

Durante este tiempo, el detective Mac Dougall tomaba declaraciones a todos aquellos que habían condeído a Waters, a los que formulaba estas cuatro preguntas: Primera. ¿Conoce usted a algún enemigo del sargento

Waters? Segunda. ¿Tenía dificultades económicas? Tercera. ¿Es exacto que bebía mucho durante los últimos meses de su vida? Cuarta. ¿Le hizo a usted alguna confidencia sobre preocupaciones relacionadas con su vida privada o militar?

El sargento Dunne leyó en los periódicos que se había abierto una investigación sobre la muerte de su amigo Waters y decidió tomar posiciones ventajosas, comprendiendo que las sospechas iban a recaer sobre él. Friamente, convocó a los periodistas para decirles:

—Me agradaría mucho entrevistarme con los honorables miembros de Scotland Yard para decirles todo lo que yo sé sobre la muerte de mi querido Reginald. Hay numerosos detalles que yo podría esclarecer a la justicia.

Por su parte, la señora Waltrant (Mrs. Waters y Mrs. Dunne), decía:

—Verdaderamente es muy difícil que la Policía sospeche que mi segundo marido pueda haber asesinado a mi primer esposo. Pero hay otra cosa muy desagradable: que se haya desenterrado a Reginald sin pedirme permiso. Siendo yo su viuda, creo tener algunos derechos.

REGINALD SE HABIA VUELTO IRACUNDO

Después la señora Waltrant agregó:

—¡Mi querido Reginald!... Me siento terriblemente aviejada a pesar de que no tengo más que veintinueve años. Tenía veinte cuando lo encontré por primera vez. En seguida me sentí atraída por Reg, y mis padres le apreciaron mucho. Nuestra boda fué maravillosa: más de cien personas asistieron invitadas. En febrero de 1949, Reg fué desmovilizado. Pero esta clase de hombres soportan mal la vida civil. Se renganchó y fué enviado a Duisburg. Lo teníamos todo para ser felices y, sin embargo, no lo éramos, porque él bebía mucho y se volvió iracundo. El día de su muerte llegó a casa hacia las seis y cuarto de la tarde, con la mirada extraña, y se sentó en una butaca. "Tengo una cita con uno a quien voy a vender el coche", me dijo, y salió de casa para no volver a verle nunca.

Cuando terminó, Waltrant se limpió unas lágrimas ante los periodistas.

Pero el detective Mac Dougall había sabido que a la hora en que Waters, según su viuda, hizo tal manifestación sobre la venta del coche, ya éste había sido vendido, pues la operación se concertó aquel mediodía, también había descubierto que fué visto un hombre, en la noche del drama, en los oscuros pasillos del barracón donde el sargento, algunas horas más tarde, fué encontrado muerto. Un cabo y otro sargento lo habían visto. A cada uno de ellos les dijo lo mismo: "Subid por la otra escalera: la puerta de arriba está cerrada." Todo inducía a creer que M. Mac Dougall había identificado a este desconocido.

La investigación proseguía. Frederik Dunne continuaba inquietándose. Tres días después de su primera declaración a la Prensa, convocó de nuevo a los periodistas:

—Puesto que hay interés en saberlo —les dijo— en la noche del drama yo fui a una taberna a consumir en vino el poco dinero alemán que tenía en el bolsillo. Después me fui a acostar. Ho y preveo que se me va a acusar de asesino de mi camarada, porque, en primer lugar, fui yo el primero que encontré el cadáver de Reg en la escalera; porque fui el primero que dió la noticia a la viuda; porque, por pura coincidencia encontré a la señora Waters en Leeds, en Inglaterra, varios meses más tarde, y porque, enamorado de ella, nos casamos.

EL SARGENTO DUNNE ES DESENMASCARADO

Contrariamente a lo que podía esperarse, según una táctica tradicional y sin duda excelente en Scotland Yard, el sargento Dunne no fué inmediatamente detenido. Se publicó en la Prensa un comunicado oficial que decía: "Los huesos y la garganta del sargento Waters han sido examinados y no hay ninguna prueba de que se trate de un asesinato, sino de un suicidio."

Esta estratagema tiene éxito casi siempre. El asesino comete la falta que la Policía espera. Es probable que Dunne no haya escapado a la regla, porque una semana más tarde Scotland Yard le ha detenido. Y la acusación es formal. "El sargento Waters fué estrangulado, y la Policía puede afirmar que antes de ser estrangulado se defendió ferozmente."

Si Frederik Emmet Dunne es culpable la horca que había dispuesto para realizar su crimen será, sin duda, su castigo. Y la señora Waltrant, una vez más, llevará velo de viuda.



Piero Piccioni, a quien se acusa de haber dejado el cuerpo de Wilma Montesi a la orilla del mar.



A la izquierda, el juez Rafael Sope, calificado de "Nuevo Gaiasad", "Gigante del Palacio de Justicia" y "Hércules de la Verdad". A la derecha, el ex jefe de Policía de Roma—Saverio Polito— conversa con un periodista.

UNA TUMBA DE PAPEL PARA WILMA MONTESSI

(Viene de la primera página.)

LA POSTURA DE LOS ACUSADOS

Silvano Muto —procesado por falso testimonio—, las afirmaciones de Anna Maria Caglio y las declaraciones de los testigos espontáneos que hablaban de las turbias amistades de Wilma Montesi y de su participación en el tráfico de drogas, no han podido resistir, según los indicios que se tienen, el rigor de la encuesta de Lepe.

Los tres encartados en el proceso sensacional han aceptado con una aparente tranquilidad conclusiones a que ha llegado el juez instructor. Ellos no quieren insistir en su inocencia y recalcar que son completamente ajenos a la muerte de Wilma Montesi. Están seguros de demostrar su inocencia ante jueces y ante la opinión pública. Porque, según ellos, el sumario no aporta ninguna prueba que no hay nada más que simplificarlos fáciles de pulverizar.

En cuanto a los abogados encargados de su defensa, han accionado de distinta manera. Entre si. Mientras que el doctor Montagna observa una actitud pacífica, seguro de que la verba de resplandecer a favor del cliente en el acto del juicio de Piero Piccioni ha padecido, se le dé traslado del sumario para poder ir colocando los puntos de su defensa.

Un punto oscuro, más que oscuro tenebroso, hay en esta defensa de Piccioni. El había admitido que el 9 de abril, día en el que la Montesi salió de su casa, ingresó de Amalfi enfermo y se alojó en su casa. El doctor Piccinaldi testimonio que en esa fecha encontró a Piccioni en la cama con fiebre alta y le ordenó hacerse determinados análisis. Su coartada, el joven músico "Jazz" presentó esta receta certificada de los análisis hecha el día 10. Y ahora, los famosos doctores Carucci y Santarelli, niegan haber hecho ningún análisis a Piccioni en aquella época y aseguran que esas recetas han sido falsificadas. Y los famosos calígrafos no pueden afirmar con seguridad que esas recetas sean las de los doctores que se impugnan.

Esta es, a grandes rasgos, la situación inicial del proceso escandaloso del siglo. Sobre firmes columnas, que no otra cosa son los 20.000 folios redactados, levantados por el "Hermano de la Jurisdicción", sus columnas romanos, o los de la ciudad que se extiende la jurisdicción alcanzarán el faro que alumbrará por fin, la verdad en este turboso asunto.

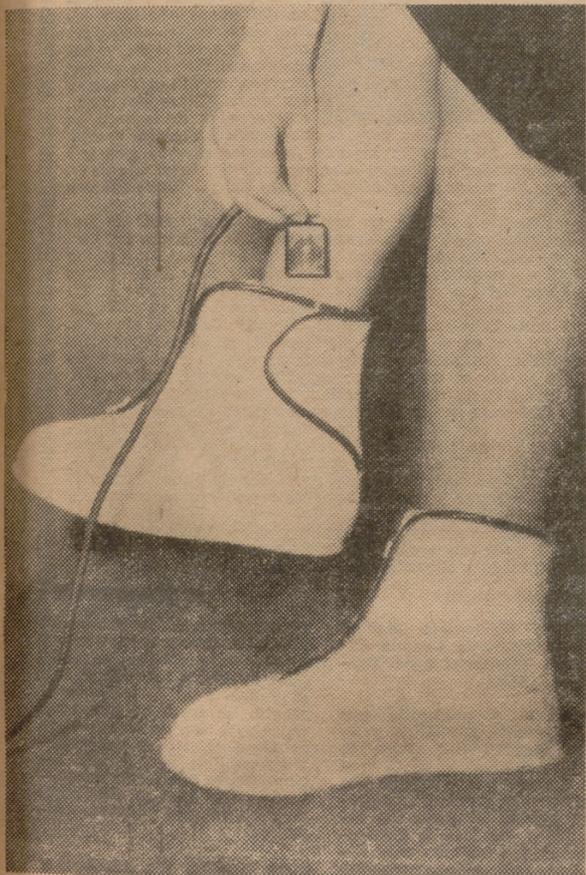
El proceso sensacional ha aceptado con una aparente tranquilidad conclusiones a que ha llegado el juez instructor. Ellos no quieren insistir en su inocencia y recalcar que son completamente ajenos a la muerte de Wilma Montesi. Están seguros de demostrar su inocencia ante jueces y ante la opinión pública. Porque, según ellos, el sumario no aporta ninguna prueba que no hay nada más que simplificarlos fáciles de pulverizar.

Un punto oscuro, más que oscuro tenebroso, hay en esta defensa de Piccioni. El había admitido que el 9 de abril, día en el que la Montesi salió de su casa, ingresó de Amalfi enfermo y se alojó en su casa. El doctor Piccinaldi testimonio que en esa fecha encontró a Piccioni en la cama con fiebre alta y le ordenó hacerse determinados análisis. Su coartada, el joven músico "Jazz" presentó esta receta certificada de los análisis hecha el día 10. Y ahora, los famosos doctores Carucci y Santarelli, niegan haber hecho ningún análisis a Piccioni en aquella época y aseguran que esas recetas han sido falsificadas. Y los famosos calígrafos no pueden afirmar con seguridad que esas recetas sean las de los doctores que se impugnan.

EL ARTE DE LA CASA, PREOCUPACION DEL HOMBRE MODERNO

Entre los tiempos antiguo y moderno,
la frontera de un cigarrillo

“Robots” domésticos y tres sencillos
inventos geniales: el bolígrafo, la maqui-
nilla eléctrica y los discos microsurco



Este ingenioso aparato eléctrico sirve para depilar o afeitar las piernas

sexo masculino, siento una anti-
patía profunda hacia lo que
transforma la vida en cómoda

Pierre Louys, autor de los ro-
mances un poco ligeros que se
leen mucho en los liceos, tenía la
costumbre de decir que el único
progreso realizado era la inven-
ción del cigarrillo.

A mi parecer, esta frase es
histórica. Sitúa admirablemente
la frontera entre los tiempos an-
tiguos y los modernos: existe,
pues, la Humanidad antes de
Pierre Louys y la Humanidad
después de Pierre Louys. Puesto
que si el padre Afrodita hubiera
vivido solamente veinte años
más, podría haber añadido al ci-
garrillo unos miles de cosas más
que convierten a la vida en el
siglo XX en algo singular, sin re-
lación con la vida del siglo XIX
(y, si se prefiere, de la de tiem-
pos de Julio César).

LLEGA EL “ARTE DE LA CASA”

Habiendo nacido en 1920, nun-
ca conocí la vida desprovista del
“arte de la casa”. Tan lejos co-
mo puede remontarse mi memo-
ria me veo rodeado de una cafete-
ra vienesa, de una cocina con
el frente esmaltado, etc., todos
los objetos que, desde luego, no
tenían la apariencia aerodinámi-
ca de hoy en día. Tenía yo cinco
o seis años cuando sentí inquie-
tad por los adelantos modernos.
Claro que a esa edad todo es ex-
cusable. Los inventos menudos
que cada día enriquecían el pa-
trimonio humano me parecían
maravillosos. Mi padre, que se-
guía puntualmente las manifesta-
ciones de los progresos científi-
cos, me llevaba con regularidad
al Salón de las Artes Caseras y
al del Coche. Durante seis o siete
horas andábamos los dos por los
corredores de la Exposición,
mi mano pequeña entre la suya
grande, perdidos entremedias de
aquel bosque encantado. El pro-
vecho mayor que sacaba de esos
paseos era un montón de pros-
pectos que llevaba luego a casa,
y que tardaba un mes en leerlos
todos. Me figuraba las cocinas
de las hadas, pobladas por mar-
mitas de seis pisos, hornos gigan-
tes, abrelatas último grito, ven-
tiladores de aspas doradas y ha-
sta sillones de jardín. También
veía surgir cuartos de baño con
bañeras empotradas (un lujo pa-
ra 1925), duchas con caños ro-
tativos y con cromos que servían
de decoración. Todavía no había
descubierto los veladores Direc-
torio y los turós Luis XV.

EL HOMBRE Y EL CONFORT

Digo que odiaba el confort.
Sin duda esto es un don que sólo
pertenece al sexo masculino.
Pero no es una expresión sinec-
ra. No odio el confort, odio, ocu-
parme de él, que es bien diferen-
te. Antes que pedir mis zapati-
llas de estar en casa prefiero se-
guir calzado hasta la hora de

IMPORTANCIA HISTORI- CA DEL CIGARRILLO

ES necesario que, ante todo, yo
aclaro algo; si no, mi artícu-
lo podría ser mal interpretado.
“Tengo horror a lo que es có-
modo.” La comodidad me aburre.
Lo práctico (que rara vez es el
sinónimo de comodidad, como
muchos creen), lo práctico, digo,
me irrita. Siempre pensé que la
comodidad es contraria a la be-
lleza. Y como tengo espíritu de
artista, es fácil comprender que
ante todo me interesa la belleza.
También es fácil entender que
me resulta difícil hablar de las
artes de la casa en un tono lí-
rico.
“El arte de la casa” es una
preocupación característica de la
vida moderna. No tiene aún ni
cincuenta años. Me parece de
“grosso modo” que debió de na-
cer hacia el año 1900. Hasta en-
tonces las gentes se servían de
cacerolas de cobre, hornos de le-
ña o carbón, barreños para el ba-
ño, como si se hizo la Huma-
nidad desde tiempos de Nabuco-
donosor y Pericles, lo que no les
resultaba tan incómodo, puesto
que desconocían otros métodos.
No me importa confesar que al-
gunas veces añoro aquellos tiem-

pos en que el tiempo transcu-
rría placidamente, en que los Es-
tados Unidos y Rusia apenas
existían, y en que los únicos rui-
dos que se escuchaban eran los
clac-clac de los caballos y el
murmullo de las conversaciones
humanas.
Se ignoraba el uso del refrig-
erador, de la máquina lavadora,
de la plancha eléctrica y, de mo-
derno general, de todos los inven-
tos que siguen a las guerras
mundiales y a los bombardeos en
avión.
Se me objetará que precisa-
mente las planchas eléctricas y
los tostadores de pan represen-
tan los buenos aspectos del pro-
greso, y hasta que consuelan de
los tanques y lanzallamas; pero
yo les respondería que unos son
consecuencia de los otros.

Pero dejemos estas considera-
ciones, que resultan más filosó-
ficas de lo que yo esperaba. Mi
única intención es de decir que
yo, en tanto que soy hombre, es-
to es, individuo perteneciente al



Combinación muy atractiva de radio y reloj despertador.



Una fábrica alemana ha lanzado este receptor telefónico, en el que el disco es sustituido por un doble tambor giratorio. El aparato lleva además un modulador de sonido.

acostarme. Mi sueño dorado con-
siste en olvidarme por completo
de que tengo un cuerpo. Creo
que estoy compuesto de carne
sufrida, de músculos cansados,
de piernas que no gustan de an-
dar demasiado, de riñones su-
jetos al lumbago, y cualquier mo-
vimiento por encima de mis fuer-
zas físicas me cuesta una enfer-
medad. Me doy cuenta de que al
hacer esta confidencia me pongo
en riesgo de contradecirme y
que el único medio para suprimir
este cuerpo mío es el de trans-
formar mi casa en un salón de
artes caseras, todo lleno de “ro-
bots” rutilantes que hacen todo
su trabajo y que transforman la
“vida humilde de trabajos eno-
josos y fáciles” por una serie de
botones.

MAQUINILLA ELECTRI- CA, BOLÍGRAFO Y MI- CROSURCO

Voy a ir más lejos en mis con-
fidencias: yo, que sólo amo aque-
llo que es antiguo, irracional, in-
cómodo; yo, que sólo amo los si-
llones duros, las sillas con patas
delgadas como las gacelas, las bi-
bliotecas con cristales, he des-
cubierto un sabor nuevo a la vi-
da gracias a tres inventos (mo-
destos, esto es verdad, pero que
no los conocían las gentes de los
tiempos de Napoleón III, ni aun
los de Alberto Lebrun): el bolí-
grafo, gracias al cual jamás po-
dría yo tener antes cualquier in-
strumento para escribir (plumas
sin tinta y lápices sin mina); la
máquina de afeitar eléctrica, que
ha acabado con la pesadilla de
las hojas, del jabón y la brocha,
y, por último, los discos micro-
surco, gracias a los cuales el uso
de un gramófono no es una car-
ga pesada.

En verdad, los progresos ma-
teriales me han dado siempre
miedo. Sólo las mujeres se lan-
zan a la compra de todos cuantos
inventos surgen para el bien del
hogar. Así, hace algunos días fui
a ver a mi tía Susana. La mujer
más sabia y dulce que se puede
encontrar en el mundo. Digna de
vivir en 1750. Pues bien, jamás
pude yo creer en el objeto que
celosamente guardaba en su ha-
bitación: una máquina de hacer
punto. Esta cosa prodigiosa, cuya
existencia ignoraba yo la sema-
na pasada, semejante a las anti-
guas máquinas de Cincinatti, que
transforman un cerdo vivo en
docientas latas de conserva y
metamorfosean la lana de las ove-
jas en “pullover”. Mi tía Susana
ha comprado esta máquina en
diez minutos. La vió y la compró.
Y se trata de una mujer, como
ya dije antes, parecida en todo a
aquellas mujeres de hace dos si-
glos que se servían de la rueca.
Me inquieto cuando pienso que
yo, hombre moderno, he dudado
durante un año y medio antes de

entrar en casa de un perfumista
para pedir solamente que me en-
señaran el manejo de una má-
quina de afeitar eléctrica.

Cuando me veo ante todos esos
aparatos que las amas de casa
desean tanto como un abrigo de
piel, me santigo como si viera
al mismísimo diablo. Creo que
todas estas cosas son pequeños
muros que se alzan a mi alrede-
dor para impedirme el contacto
con la Naturaleza. No soy el úni-
co que piensa en esto. Como de
cualquier otro modo pensaría en
esta manía de ir a pasar algunos
días haciendo “camping”, o este
amor por la vida sencilla y ele-
mental que invade a las gentes
y las obliga a abandonar la ciu-
dad durante varios días. Hombre
moderado, me considero en me-
dio de las dos posiciones.

Lo que me harían agradables
las artes caseras sería el arte. Un
arte que presidiera su fabrica-
ción. Algo que se irrustrara en
ellos solamente porque los hacía
bellos, como allá en tiempos de

Luis XVI. Máquinas de lavar con
incrustaciones de nácar, cacerolas
cinceladas. En otro orden de
ideas, me gustaría que decorasen
los coches como antiguamente
se hacía con las carrozas.

¡Qué diablo! la historia siem-
pre es la misma. ¿No es mejor
beber vino en un vaso de cristal
que en un tarro de mostaza? Na-
da resulta tan horrible como esas
máquinas de coser que se con-
struyeron en 1895; son la utilidad
en toda su desnudez y horror. En
revancha, me parece que miro
con más interés las bonitas co-
cinas, los rutilantes cuartos de
baño que de cuando en cuando
me enseñan. Quizá en los manu-
ales de artes decorativas del
futuro veremos junto a las joyas
artísticas de siglos pasados las
cocinas y los refrigeradores del
siglo XX. Después de todo, en
los anticuarios se ven soperas
que fueron hechas sólo para lle-
var dentro de ellas una suculenta
la sopa.

J. D.



Hoy las ciencias adelantan... Esta fotogénica ama de casa nos muestra un modelo de cacerola presentado en la última Exposición de “Arte para el hogar”. El pucherito controla por sí mismo el hervor y se apaga cuando los alimentos están a punto de servirse. Con su empleo puede usted charlar tranquilamente por teléfono, sin miedo a que se pegue el arroz

"YO NO SOY UN FILOSOFO CATOLICO, SINO UN CATOLICO QUE FILOSOFA", DICE ADOLFO MUÑOZ ALONSO

"Persona humana y sociedad" es el fruto primero de una convicción filosófica personal de su autor



La actualidad literaria trae un nuevo libro filosófico de Adolfo Muñoz Alonso. No es momento de cantar las altas dotes de este intelectual español valorado en el mundo y cuya voz y presencia se hizo notar en las más importantes reuniones y Congresos filosóficos de Europa y América. Intelectual y filósofo vinculado a una realidad concreta española, puro, independiente, consecuente con su pensamiento y con el momento histórico que vivimos, su pluma batalladora vertió muchas veces claridad sobre puntos que parecían oscuros y no lo eran tales, cuando encontraron la interpretación y definición debida. Vinculado también a la política en el más noble empeño de inteligencia y servicio, Muñoz Alonso tiene mucho que decir, sobre todo respecto a una filosofía que no huye su función social y humana.

—¿Cómo clasificarías este libro?—le pregunto.

—De filosofía—responde Muñoz Alonso—, que es la única razón que tiene de existir.

—¿Podría considerarse también libro político?

—Si no fuera político, tampoco sería de filosofía. Pretenderlo de otro modo es tener de la política una idea bastante equivocada.

—¿...?

—Nosotros somos muy amantes de usar las palabras en su sentido. Entendamos que filosofía significa amor a la sabiduría. Si

un hombre se encuentra instalado en un momento y circunstancias y ama la filosofía, la ama con y por todo lo demás.

—Persona humana y sociedad, ¿fue pensado de principio a cabo?

—Sí. Es un libro orgánico, de tal forma, que la resolución de la persona humana se abarca en él desde su naturaleza elemental, o como ser, hasta su último fin en la sociedad o en la política.

—¿Pruebas de esta ligazón?

—El que lea el capítulo último sin aceptar o leer el primero o el segundo, no entenderá una palabra o lo entenderá todo al revés.

—¿Cuándo lo has escrito?

—Este pasado año de 1954, menos un capítulo, el de los partidos políticos, que está escrito, atacado y defendido en el Congreso de Estudios Europeos de Bolzano.

—"Persona humana y sociedad", ¿es el fruto último de tu pensamiento?

—Es el primer libro en el que me he atrevido, aunque quizá tímidamente, a exponer el pensamiento personal u original. Es el fruto primero de una convicción filosófica.

—¿Te conceptúas filósofo independiente?

—Sí. Y, además, no soy filósofo católico, porque no vengo ni catolicismo a mi filosofía. Soy un católico que filosofa.

—¿Qué opinas de las modas en filosofía?

—Son horribles y, sobre todo, antifilosóficas. Hay que establecer la distinción entre "moda" y "novedad". Todo lo que pasa por la inteligencia de un hombre es nuevo, aunque sean las verdades más viejas.

—¿Qué piensas de la "moda Zubiri"?

—La moda no es Zubiri. La moda es el empeño de sus discípulos en hacerle "moda" o "de moda" y, por tanto, impedir el influjo eficiente que pudiera tener. De Zubiri podrá decirse algún día que fue un filósofo a quien sus amados discípulos le impidieron con sus halagos ser lo que debió ser.

—¿Te consideras filósofo puro?

—Ah, sí. Y además, soy yo quien denuncia a los que se creen puros porque se apartan de la vida social a la hora de servirla. Esos no son puros, son

narcisistas. Y en esto estoy de acuerdo con todos los que pasaron a la Historia: Aristóteles, Platón, Santo Tomás, Fichte... —El filósofo, ¿tiene que ser social? —Sí; porque el filósofo, no por serlo, deja de ser hombre con toda su plenitud y el hombre es, por naturaleza, no social, sino social. —¿Y puede el filósofo ser hombre "de sociedad"? —Creo que, aunque lo pretenda ser, no lo consigue nunca. Suele hacer un mal papel.

—¿Qué capítulo de este libro te contenta o te resume mejor? —El tercero, sobre "la vocación social de la persona humana", en cuanto que en él desembocan los dos primeros, y de él parte la inteligibilidad del cuarto. Pues son cuatro capítulos los que integran el libro. —Obras en preparación? —En "O crece o muere" se acaba de publicar mi conferencia: "El proceso intelectual de San Agustín", y ahora "Rialp" publicará mi libro "Las ideas filosóficas en Menéndez y Pelayo".

Lo que se dice por ahí

MAS ASPIRANTES A LA MANO DE "LA NOVIA"

"La novia" sigue teniendo aspirantes. La más reciente es Julieta Martínez, esa estrella cinematográfica que está deseando volver al teatro. Y tiene el texto de esta "novia" desde hace algunos



meses, esperando darla a conocer en toda España. Si los "platos" cinematográficos lo consienten, Julieta—según propia confesión—saldrá inmediatamente de gira con su compañía, que va formada así: ella como primera actriz y un magnetofón. ¡Lo menos que se despacha en nóminas!

HOY, SABADO DE GLORIA

Hoy, Sábado de Gloria, se unen nuevos nombres a los "forzados" de provincias que luchan contra el teatro. Debuta la compañía de González Vergel en Valencia, con "Judas". Protagonistas: Marsilach y Soler Mari. Manuel de Sabatini se presenta en Canarias. En Canarias también, otra compañía de Tamayo. Julio Núñez salió hacia allí para interpretar el papel estelar de "Edipo". ¡Suerte a todos! Y una buena noticia para los de provincias: parece ser que van a ser rebajadas, en un buen tanto por ciento, las tarifas ferroviarias. Y hemos visto que un colega recogió extensamente la iniciativa de Sabatini respecto a la posible obligatoriedad de hacer representar teatro en cada local que cuente con un escenario. Iniciativa que apareció por primera vez en esta sección, a instancias del citado Manuel de Sabatini.

MEMORIAS CON MUSICA...



Eso de las "Memorias" ya se iba quedando viejo. Cada uno escribía las suyas, y pocos leyeron las de los demás. Pero son originalistas las que prepara Roberto Rey: tendrán música, canciones, relieve... Algo así como unas memoriamasconopes. Se trata de la recopilación de los capítulos más

movidos de su vida para ser radiados. Y se incluyen canciones de los famosos que él ha conocido, algunas de estas canciones cantadas por el propio Roberto. ¡Guerra a las memorias-rollo!

"MARIA VELETA"

Vuelve Ramón Torrado a las cámaras y a los focos. Ahora los hará con "María Veleta". Figurando en el papel estelar Paquita Rico. Protagonista, Segura, ese chico que llegó de su Andalucía natal para buscar una actriz con destino a un grupo de aficionados y fue contratado para protagonizar una película ante su propio asombro. Y hoy es figura. ¡Si esto llega a pasar en Hollywood, aún no habría parado la publicidad esa!

GUIÓN PARA MUR OTI

Mur Oti es de los directores que leen—de verdad—los guiones que se les entregan. Y parece ser que ha aceptado uno de José María Rincón, que, a decir del "genio" del cine español, es magistrat. ¡A rodar, pues!

LIBROS DE HUMOR...



Pues para fin de año saldrá la nueva colección de humor de la Editorial Hispano-Marroquí. Colección que dirigirá el humorista Ángel Palomino, que lleva dos meses dedicado exclusivamente a leer originales. Y él es de los que seleccionan sin mirar el nombre. En Toledo—Comercio, 32, señores novelistas festivos—espera todos los originales que se le envíen. ¡Estos sí que son los mejores concursos: premio a los buenos con la edición, sin jurados y con dinero fresco para los literatos!

PLEITOS TEATRALES

Imperio de Triana grabó unos discos para cierta firma americana. Esta firma—según acusación de la tonadillera—usurpó las matrices gramofónicas y se dedicó a grabar por su cuenta... Ella reclama ahora la bonita suma de 937.500 pesetas.

TOROS Y ESPEJO...

Gustavo Pérez Puig es incansable. Sabemos que prepara dos películas. Un guión en colaboración con Evaristo Acevedo y una película de toros, que dirigirá Gustavo y tendría como principal intérprete al diestro mejicano Jesús Córdoba. Pero como esto no está muy a la vuelta de la esquina, ahora presentará con el Teatro Popular "El espejo", de José María Rincón.

CUERPO A TIERRA

Novela de Ricardo Fernández de la Reguera, "Garbo", editorial, Barcelona, 1954.

Finalizada nuestra guerra, los españoles teníamos seguramente bastantes más cosas que hacer que ponernos a escribir novelas sobre lo ocurrido. Algunas surgieron, pese a ello, y no precisamente tan desdeñables como se acostumbra a creer; pero, de todos modos, no fué precisamente el tema bélico nacional y sus ramificaciones, motivo de inspiración para una novela verdaderamente buena, equiparable, por ejemplo, a las manifestaciones parciales—por no decir tendenciosas—que en autores extranjeros ha suscitado. Bien puede decirse que el tema continúa inédito hasta cierto punto, y se hace cada vez más deseable y apremiante que alguien lo aborde con la altura requerida.



Ricardo Fernández de la Reguera, combatiente y novelista avezado, nos ofrece en estas páginas uno de los más serios intentos acometidos hasta ahora de describir, rigurosa y puntualmente, las incidencias de la vida de las trincheras nacionales. Una crónica detallada y minuciosa del diario acontecer bélico, soldados, combates, temores momentáneos, rivalidades, sacrificios, heroísmos, etcétera, va hilvanándose en las descripciones del autor, entrecruzadas de cuando en cuando con reflexiones sorprendentemente profundas y conmovedoras. El autor ha seguido fielmente el sano principio de la objetividad realista, y sabe, ciertamente, hacer uso de él, emplear los hechos más insignificantes para infundirnos una imagen verdadera.

Propiamente hablando, no hay en "Cuerpo a tierra" un protagonista individual que sobresalga con relieve propio del grupo de combatientes. "Cuerpo a tierra" tiene ese movimiento colectivo que parece indispensable a toda novela de guerra como esencial que es, sin duda, a la guerra misma. Se ha dicho, demasiado fácilmente, a mi juicio, que había en estas páginas una clara influencia de la llamada literatura pacifista. Según y conforme, porque, ciertamente, la etiqueta pacifista a cualquier realismo es susceptible de colgarse; el frente no es una parada ni una teoría: es vida, hombres, trances difíciles y terribles, muertes súbitas, sufrimiento. De todo esto surge la lección de las virtudes humanas, con mayor grandeza, desde luego, que la lección sociológica o política de las guerras. Esa misma monotonía del relato, sucesión rápida de acontecimientos similares—a mi me recuerda a Ludwíg Renn—, hace más penetrante la imagen novelesca de Fernández de la Reguera, sin que para ello haya de recurrir a digresiones y proselitismos retóricos.

"La guerra como es" a la escala y comprensión de sus milares de anónimos protagonistas. Este es el mérito fundamental de "Cuerpo a tierra".—C.

"VOX": Diccionario Manual Ilustrado de la Lengua Española.—Editorial Spes. Barcelona, 1954.

Revisado y prologado por el competente gramático y filólogo Samuel Gili Gaya, el presente diccionario es la versión manual y condensada del anterior "Vox General". La presente edición conserva los inestimables gráficos e ilustraciones de tan probado valor didáctico e informativo, pues que permiten fácil identificación de las significaciones. Con muy buen acierto se ha suprimido en esta versión manual cuestiones accesorias, etimologías, acepciones raras, arcaísmos, etcétera, para ofrecer una obra útil al público medio, eficaz y estricta al mismo tiempo que exacta y completa. Se han condensado las definiciones, descripciones y significados en aras a la rapidez y a la utilidad de consulta.

La obra, pulcramente impresa y editada con excelente sentido de su fin, es de suma conveniencia para toda clase de gentes, lectores, funcionarios, padres de familia, maestros, etcétera, que hallarán en ella un cómodo y seguro libro para resolver sus dudas.

JUAN JOSE MIRA: "Mañana es ayer".—Editorial Exito, S. A. Barcelona, 1954.

Reitera un tanto el autor de esta novela tipos, ambientes y forma de concebir el relato similares a los de su obra anterior, "En la noche no hay caminos", que fuera distinguida con el "Premio Planeta".

"Mañana es ayer" describe la vida de un hombre de presa cuyos escrúpulos con el dinero y con las mujeres no son precisamente ejemplares. Un hijo, apocado y enfermizo será al final providencial instrumento de castigo trágico para los pecados del padre. Las vicisitudes de estas vidas en distintas localidades españolas y a lo largo de los años anteriores y posteriores a la guerra sirven de pretexto al autor para acreditar sus excelentes cualidades narrativas, llenas de observación y de vivacidad que hacen su lectura amena e interesante.

CARLOS POLO: "El gran Idiota".—Farsa en tres actos. La Coruña, 1955.

Según explica en un breve prólogo el autor, sacerdote y ameno cultivador de las bellas letras, un acertado consejo de Alfredo Marquerite le indujo a publicar esta obra, más de teatro para leer" que para ser

representada. Su lectura es, en efecto, sumamente atrayente y revela unas dotes singulares para la salida intelectual que el Padre Polo ejerce galantemente. Se trata de una farsa en la que son admirablemente zaheridos ciertos vicios sociales y políticos muy del día, especialmente esa forma de caridad que se capa de filantropía es pura vanidad y frívolo despegó.

LUIS GOMEZ DE ARANDA Y SERRANO: "Capitalismo y comunismo en el mundo actual". Madrid, 1954.

Recoge este folleto la conferencia pronunciada por su autor, eminente abogado y sociólogo, sobre el mismo tema en el ciclo organizado por la Jefatura Provincial y el Departamento Central de Seminarios sobre problemas político-sociales de actualidad. Con gran erudición y notable sentido crítico estudia Gómez de Aranda el proceso cultural e histórico del marxismo como oposición al capitalismo, y, después de establecer su raíz materialista de ambos sistemas, define la posición del anticomunismo falangista y español de nuestros días y su mensaje de esperanza a la Europa enajenada del presente.

SEMANA DE HOMENAJE



Los libreros madrileños dedicarán la próxima semana (del 11 al 17) como "semana de homenaje" a Alvaro de Laiglesia, popular director de "La Codorniz", cuya obra literaria goza de singular aprecio entre el público. La última novela del original periodista, "Sólo se mueren los tontos", que en unos meses ha logrado un extraordinario éxito, sirve de motivo inmediato al merecido homenaje de los libreros al popular y divertido escritor.

FERIA DE LAS LETRAS

Extranjero

Editado por "Casell", acaba de aparecer en Londres un libro de Nina Epton, "The Valley of Pyrene", que es una interesante descripción geográfica, histórica y legendaria de las comarcas pirenaicas.

Durante 1954 han aparecido en Alemania varios libros sobre nuestro país y de temas españoles. De carácter general son dignos de citarse "Spanien (Bilder seiner Landschaft und Kultur)", de Martin Hurlimann, una nutrida colección de fotografías; "Win von der Sierra (Spanisches ABC)", de Walter Lenz, y "Spanien-Mythos und Wirklichkeit", de Richard Patte y Anton Rothbauer. Este último (800 páginas) es, fundamentalmente, una historia contemporánea de nuestro país desde la República hasta la firma de los Convenios hispanonorteamericanos.

La editorial italiana S. E. I., en su colección de autores extranjeros, anuncia la publicación de un "Quijote", con introducción y notas de M. Castello y de una versión de "La verdad sospechosa", de Juan Ruiz de Alarcón.

PREMIOS

El segundo "Premio Menorca" destinado a una biografía acaba de ser convocado. Su importe es, como el de novela, de 200.000 pesetas. A éste seguirá el dedicado a un trabajo de investigación. Se anuncia igualmente que los "Premios Menorca" continuarán convocándose en años sucesivos.

La Comisión del Primer Centenario de Antonio Rosmini, filósofo italiano, convoca un concurso para premiar el mejor estudio crítico sobre su filosofía o algún aspecto fundamental de la misma. Podrán concurrir los escritores no italianos; los trabajos se remitirán al doctor Giuseppe Darioli, Domodosola, Novara (Italia); cinco copias a máquina y con pluma; pueden redactarse en latín, español, francés, inglés, alemán o italiano. El importe del premio es de 500.000 liras italianas; finaliza el plazo el 30 de diciembre de 1955.

El último número del "Boletín" de Archivos y Bibliotecas (febrero, 1955) publica, entre otros trabajos, un reportaje de José Luis Castillo Puche, "Ofensiva de Cultura en el Campo de Gibraltar"; "El castillo de Simancas... uno de los mejores archivos del mundo", por Julio del Val Trouillet; "Sorprendentes proezas de la microfotografía", por José Altabella. Vicente Carredano en una nueva sección de la revista "El mes literario" da cuenta del movimiento de premios, publicaciones, crítica, etcétera.

"Cronache culturali", que publica el Instituto Italiano de Cultura de Madrid informa sobre unos inéditos de Pascoli y de D'Annunzio. Se recoge también la crítica suscitada por la última novela de Carlo Cocchioli, "L'immagine e le stagioni", y también varias opiniones sobre la "Storia della letteratura ispanoamericana" de Ugo Gallo. En una nota se resume un artículo de Vittorio Bodini, "I demoni della Laforet e gli angeli di Ayesta", sobre los dos autores españoles.

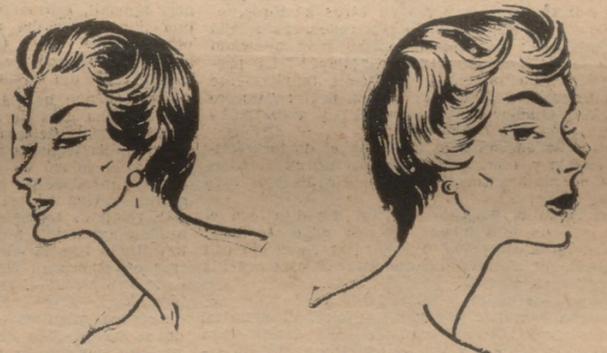
Artesanas desconocidas que TRABAJAN PARA NOSOTRAS

ESTUPENDA VERSION MODERNA DE LAS CLASES PASIVAS

Hasta Atila puede inspirar una bella creación femenina



Azul azafata es el color elegido por Emanuel para confeccionar en lana o seda gruesa este juvenil modelo primavera.



Lillian Loy ha diseñado en exclusiva para las lectoras de PUEBLO estos dos elegantes peinados, de estilizada gracia, en los que la distinción se une a la sencillez para enmarcar el rostro según las últimas orientaciones de los grandes maestros peluqueros.



Esta temporada está en alza la moda de los accesorios de paja. Nuestra amiga de las modernas clases pasivas crea uno tras otro los detalles que luego nos hacen suspirar tras de la luna del escaparate.

hete o diseñe botones y hebillas en los ratos que le deja libre el barro de modelar.

—Mira por dónde va "mi cinturón".

Esta frase la escuché hace muy pocos días a una dama elegante que estaba sentada junto a mí en una cafetería.

—Resulta divertido verlos luego, ¿verdad, mamá?—respondió la muchacha, que tomaba a su lado un batido de vainilla.

Para una periodista resulta siempre fácil encontrar el camino del diálogo.

—Tengo una pensión de viudedad—me explicó la señora—; pero los tiempos modernos no permiten dormirse a la antigua, sobre la buena voluntad del Estado, ¿no le parece? Soy un poco habilidosa, tengo un par de maquitinas en el cuarto de estar y hago cinturones de mucha novedad, que vendo a algunas ca-

sas de modas. Mi hija estudia Filosofía y Letras, y algunas veces "me inspira" modelos que se le ocurren viendo láminas de su carrera. ¡La de cinturones que llevamos copiados a los relieves egipcios, babilónicos, asirios y caldeos!—y la señora ríe con un buen humor estupendo.

—Y Atila, mamá—dice la hija—. Acuérdate del cinturón que copiamos de una "versión" de Atila que vimos en una revista de arte.

A mí, particularmente, me resulta gratísimo traer a esta página femenina esta estupenda versión de las modernas clases pasivas, en la seguridad además de que la idea puede ser de utilidad para más de una lectora, a la que deseo muchísimos éxitos en esa posible industria artesana y hogareña que puede sugerirle esta crónica.

Pilar NARVION



Manos femeninas ensartan las perlas artificiales de esos collares capaces de poner en marcha toda nuestra capacidad de ahorro.

DIARIAMENTE las mujeres nos detenemos ante los escaparates de las casas de modas, bisuterías, "boutiques", sombrererías...; terribles deliciosos rincones llenos de tentaciones, porque las mujeres sabemos que el "chic" no radica en los grandes despliegues de adquisiciones costosas: el "chic" de una elegante esoma en sus detalles, algunos de los cuales os ofrecemos en esta página.

—¿A qué llama usted "detalles"?—preguntará alguna lectora inquisidora.

—Pues los detalles son esa pincelada de buen gusto en el mango de un paraguas, los botones de cuidadoso diseño en un traje-sastre, el pañuelo de batista finísima, los pendientes de fantasía, el collar de cerámica o co-

bre, los bolsos "creación" de un buen artista, los echarpes trabajados a mano, los guantes cosidos por un artesano que conoce bien su oficio, los abanicos pintados a mano...

—Y ¿quién hace todo eso?—sigue la lectora preguntona.

Mujeres, docenas y docenas de mujeres en la tranquilidad de su hogar; muchas veces, damas de grandes familias que aprendieron en las "clases de adorno" de un buen colegio esa habilidad manual, que unida luego a un refinado buen gusto, les ha servido en ocasiones para sostener un hogar sobre el cual han caído sucesivas desgracias económicas. Otras veces la artista es una joven estudiante de San Fernando, que pinta pañuelos de seda natural cuando abandona el caba-

DE MUJER A MUJER

CONTESTACION A R.
No puedo complacerla, querida, y lamento, con tal negativa, contribuir a su tristeza; pero es que mi trabajo me impide entrevistas personales, que aun, y siendo breves, disminuirían este tiempo, para mí tan necesario.

Si usted está dispuesta a confiar en mí, escríbame, cuénteme lo que la acongoja y tenga la seguridad que lo que me confie jamás lo sabrá otra persona. Creo que por medio de una carta puede llevarse también el consuelo al necesitado de él e inclusive que a usted le será más fácil sincerarse frente al papel que ante una extraña.

LILLIAN LOY
Últimas novedades en permanentes
Permanente completa, 150 pesetas

Por si decide escribirme, sepa que habrá de hallar en mí la más leal y comprensiva de las amigas.

CONTESTACION
El trato con sus semejantes y el alternar le darán esa soltura y decisión que tanto admira, hijita.

Cuando en un restaurante pasen los entremeses (supongo que a esto se refiere usted) en distintas bandejas, se sirve cada comensal de todos aquellos que le gusten, poniéndolos en su plato, juntos. Si hay que condimentar alguna cosa, se percibe no ya por el sabor, sino porque en la mesa figurarán los utensilios necesarios.

Una verdadera señorita, cuando sale con un muchacho, no toma nunca bebidas alcohólicas y si tan sólo algún refresco, horchata, cerveza, café, helado, etc., y si es la hora del aperitivo, lo más que la buena educación consiente es una copa de jerez blanco. Sobre todo, absténgase siempre de combinados, "cups" y otras bebidas a base de alcohol.

DOCE ACCESORIOS PARA LA PRIMAVERA

GUANTES CON MANOPLA PLISADA

BOLSO DE CROCHET CON BORDOS DE PIEL ROJA

GUANTES DE ENCAJE

BOLSO BLANCO

COLLAR CONFECCIONADO CON AGETUNAS

EL BROCHE-MARIPOSA

TRAJES DE CHAQUETA RECTOS, SENCILLOS

BOLSILLO DE "CAMINANTE"

BOLSILLO CLÁSICO

CUELLO BLANCO CON UN LAZO DE COLORINES

ESCARPIN DE TWILL

ESCARPIN DE CUERO A DOS COLORES

ZAPATOS TIPO BAILARINA DE COLORES CLAROS

TRAJE SENCILLO DE ALGODÓN, FÁCIL DE RENOVAR GRACIAS A LOS COLLARES Y GUANTES DE COLORES DIVERSOS

La primavera es la época indicada para completar cualquier traje con accesorios en los que la mujer encuentra el mejor aliado para alegrar un traje de la temporada anterior, dándole un aire totalmente nuevo. Hoy ofrecemos a nuestras lectoras las últimas ideas lanzadas por los grandes creadores de modas, en las que podrán encontrar inspiración adecuada para renovar su aspecto según su gusto personal; guantes, bolsos, clips, zapatos, collares, todo un pequeño desfile de pequeñas galas femeninas está ante los ojos de las lectoras. Ahora sólo falta el detalle final: preparar el dinero y... ¡decidirse!

Como podéis apreciar, hay detalles, el cuello de piqué blanco con lazo de color-

rines, por ejemplo, que alegran y rejuvenecen a cualquiera de vuestros vestidos invernales, que con este nuevo detalle, un bonito bolso blanco y unos guantes del mismo color, os prestarán un aspecto nuevo, como si abril prestase a vuestra figura su tradicional gracia primavera.

Los modistos, en honor a la comodidad femenina, han hecho desfilar a sus modelos en muchas ocasiones con zapatos de tacón plano, que si bien quitan a la silueta femenina su aire saltarín y casi alado, le prestan a cambio un aspecto deportivo y ayudan a la mujer a mantenerse descansada en las grandes jornadas a que obliga la vida agitada de las ciudades.

Los ojos del Muerto

por H. Martin y G. Lewis

me en un éxtasis de ferviente amor. ¡Padecería realmente, como Casey había sugerido, alguna especie de locura?

Me incliné hacia adelante y grité al taxista que se detuviera. No me oyó.

Golpeé el cristal que separaba el asiento del taxista de la parte trasera del coche, pero aquello se aplastó contra el cristal con el propósito de ahogar mis gritos de socorro e impedir mi huida.

Entonces perdí la cabeza. Asesté un puñetazo a la sombra, y mi puño rompió el cristal. Sólo con un fragmento de mi mente me di cuenta de la sangre que brotó de mi muñeca; la otra parte estaba concentrada en lo que debería hacer entonces. El taxista volvió la cabeza, asustado.

—¿Qué se propone, amigo? ¿Quiere suicidarse? ¿O es que quiere destrozarme el taxi?

Detuvo el coche. Miré hacia adelante, sin fijarme en él y en la sombra que se bamboleaba jugueteantemente en el asiento de delante. Subíamos por Wilshire y acabábamos de pasar Vermon.

—Pagaré los daños —babulc—. Ahora lléveme al Hospital de Rodeo Drive—señalé la sangre que brotaba de mi muñeca—. Me he hecho un corte profundo.

El taxista asintió, horrorizado. Después se volvió rápidamente, como si le desagradara la vista de la sangre. El taxi arrancó. Saqué el pañuelo y traté de contener la sangre que corría por mis puños y a lo largo del brazo. Pero eso no me preocupó entonces. Lo único que me preocupaba era el poder verme libre de aquella horrible compañía.

XXIII

Atravesé el círculo de rostros pálidos y asustados en la salita de espera del doctor Goldner, hice caso omiso de los ojos saltones de Personality y de su ahogada protesta: "No puede entrar; está con un paciente." Y seguí mi camino hasta entrar en la sala de reconocimientos, con la cabeza gris del monstruo balanceándose siempre delante de mí.

El doctor rascaba con un delicado instrumento el interior del párpado de una mujer.

—Estoy ocupado—dijo, y entonces levantó la cabeza.

El instrumento produjo un ruido tintineante y seco cuando el doctor lo dejó caer en el estante de cristal que tenía a su lado.

—La sombra... No desaparece. ¡Haga algo!—grité.

Habló en voz baja con la enferma que estaba en el sillón, e indicó a Personality, que había entrado detrás de mí, que se quedara con ella unos momentos.

El resto fué como un mal montaje de una película de pesadilla. El doctor Goldner me empujó—nos empujó, debería decir—hacia otra habitación... Rápidamente cortó la hemorragia, desinfectó y vendó mi muñeca; me colocó en un sillón delante de la lámpara y del aparato giratorio; dirigió un rayo de luz a mis ojos. Dijo: "¡Ah! Haremos algo...". y entonces sentí el alivio de poder cargar el peso de mis irracionales temores en otros hombros.

Un dormido fragmento de mis recuerdos acudió a mi memoria: un niño de cuatro años, asustado por la oscuridad, que gritaba: "¡Papá!" La presencia de mi padre en la habitación, infinitamente tranquilizadora al encender la luz, decir: "Vuelve a dormir, muchacho. No es nada", y volverme a tapar.

La luz se encendió de nuevo, y el doctor Goldner, en pie y a mi lado, levantaba un cuentagotas sobre mi nariz y me mandaba abrir los ojos todo lo que pudiera.

Apartando el párpado inferior, me dijo, con el tono que un adulto usa con un niño asustado: "Acabaremos con esto." Y dejó caer en el ojo una gran gota de líquido aceitoso. Realizó esta sencilla operación en el otro.

—Ahora parpadea y mira. ¿Qué ves?

Obedecí como un papanatas y miré. Vi cómo mi perversamente devoto compañero se desintegraba en piezas pequeñas y sueltas, que desaparecían separadamente, dejando un claro entre ellas. Era como si alguien quitara al azar las piezas de un rom-

pecabezas cuidadosamente compuesto. Después, nada, absolutamente nada. Volví mi cabeza de un lado a otro, como un perro que observase una mosca, y sólo pude advertir la bata de resplandeciente blancura del doctor, la pureza del aire, la claridad de mi visión y el torrente de mis dudas que se disolvían.

El doctor me puso un cigarrillo en la boca, me lo encendió, y dijo alegremente:

—Ha sido un experimento, pero ha salido bien. Una gota de glicerina concentrada, y la mancha se disuelve. No era nada de particular.

—Una gota de glicerina concentrada, y la mancha se disuelve. No era nada de particular. ¡Que me ahorquen!

—Ya ves, Zack—prosiguió el doctor—. No era ningún fantasma. Sólo una consecuencia de tu operación, debida a un proceso interno del ojo, pero no a fuerzas sobrenaturales externas a tu cuerpo. Era una pura y simple manifestación física—repliqué, y sonrió con satisfacción profesional.

rida del tejido". Esto es lo que te ha sucedido a ti. La visión confusa producida por esta córnea podía fácilmente producir una "ilusión óptica", y su forma habría dependido en parte de la distribución del fluido absorbido y en parte del grado de curación alcanzado. Así, un enfermo habría interpretado la mancha que ve como un platillo volante; para otro podía haber sido un conejo. A ti, Zack, te pareció un hombre.

—Era un alivio—me dije a mí mismo—. Sí, era un alivio.

—Naturalmente—prosiguió el doctor Goldner, acariciando su reloj—, tú tienes derecho a preguntarme por qué no intenté antes el experimento de la glicerina. Te habría evitado muchas preocupaciones. Pero ¿cómo podía hacerlo, Zack, si no veías nunca la sombra en tus anteriores visitas?—se volvió un poco en la silla, y entonces su perfil se proyectó sobre un círculo de luz. Me di cuenta de la preocupación que se reflejaba en su frente—. En cierta forma, tuviste razón cuando bromeaste di-



Abrió la boca para decir algo, pero la enormidad de aquella revelación me dejó sin habla. Permanecí inmóvil, estupefacto, mientras él se dirigía a una librería, sacaba un libro, deslizaba su dedo por el índice, volvía unas páginas por el centro y lo colgaba delante de mí. Vi una reproducción aumentada del ojo humano.

—Ahora que hemos hecho desaparecer tu sombra con una gota de glicerina, vamos a explicarla científicamente de una vez para siempre—se sentó en una silla frente a mí, sacó su antiguo reloj alemán y lo colocó en la mesa que había entre los dos. Inclínandose un poco, señaló la córnea del diagrama. Una córnea normal, como el cristal de este reloj, es transparente; pero si tras el cristal hubiese agua en vez del mecanismo del reloj, como hay fluido tras la córnea, y el agua pudiese penetrar en el cristal, éste aparecería nebuloso, ¿verdad?—yo asentí—. Estudia el dibujo y escúchame bien, Zack—dijo—. En el caso de un trasplante de córnea, mientras ésta se cura y el nuevo tejido no se ha fundido completamente con el antiguo, cualquier excitación puede alterar la superficie de la córnea y el fluido que hay tras ella penetra en ella desigualmente, "adoptando la forma de la he-

ciendo que yo era capaz de ver el fondo de tus obsesiones con esta lámpara.

—¿Qué quiere usted decir?—pregunté, desasosegado.

Dió la vuelta a la mesa y apoyó su mano en mi brazo con un ademán paternal.

—¿Por qué me preguntaste una y otra vez el nombre de tu donante? Voy a decirte lo yo. Porque tienes un sentimiento anormal de obligación, quizá debido a un olvidado sentido de culpabilidad que tratas de explicar.

—No sé de qué me habla—dije, con voz ronca.

—Tu subconsciente sí lo sabe—el acento del doctor Goldner era cada vez más gutural. Tenía los labios apretados, formando una línea delgada—. Tu subconsciente te ha hecho una jugarreta, Zack. Esto sucede con frecuencia. Se aprovechó del hecho de tus nuevos ojos y de tu gran imaginación para lanzarte en defensa de Clinton Page—me miró compasivamente—. Tu sentido de la gratitud debe de ser muy profundo, muchacho, si para pagar una deuda con un difunto desafiabas el peligro, y tal vez incluso la muerte.

Quise protestar, pero no encontré motivos para hacerlo. El doctor Goldner comenzó a pasearse ner-

vosamente. En aquel momento su parecido con el "Rey hebreo", de Rouault, era extraordinario.

—¿Y por qué, Zack, atribuíste un significado místico a las sombras? ¿Por qué creíste que era el espíritu de Clinton Page que te guiaba para que reivindicases su memoria?—habló casi violentamente—. Pues porque esa misma sensación de culpabilidad te ha hecho perder la confianza en tu propio juicio, te ha hecho coger una muleta para darte seguridad y llevar a cabo cualquier proyecto—hizo una pausa. Cuando habló de nuevo, lo hizo con un tono compungido—. Al disipar esa sombra de tus ojos, Zack, te he quitado también la muleta.

No me atreví a mirarle. De todo aquello no quedaba nada. Sólo la arumadora convicción de que yo había sido un loco.

—Ahora que se ha desvanecido el espíritu de Clinton Page, tu cruzada no tiene sentido. Es una causa perdida, sin significado alguno. Y no tienes más remedio que abandonarla. No puedes seguir haciendo de detective—me dirigí hacia la puerta, pero él me detuvo—. Ve a que te vea un psiquiatra, Zack. Deja los crímenes para la Policía—era casi una súplica; su voz sonó apremiante.

Llegué a la puerta con el eco de su admonición resonando en mis oídos.

—Ve a que te vea un psiquiatra. Deja los crímenes para la Policía." Lo repetí una y otra vez en mi cerebro como una estúpida cantilena.

Hasta haberme alejado media manzana del hospital, sosteniendo mi muñeca vendada con la mano derecha, no me acordé de que el doctor Goldner no me había dicho que volviese otro día. ¿Era que me había dado de alta?

Me volví irresoluto, preguntándome si debería retroceder para saberlo; pero me detuve cuando un círculo de inesperada claridad iluminó mis pupilas. Los rayos del sol, convertidos en incontables y resplandecientes cuchillos, trataban de disipar lo que quedaba de la llovizna del día.

Volví la cabeza para evitar la hiriente claridad, y vi a Kiska, llevando una maleta en la mano, salir de una camisería de la acera de enfrente. Sin barbillas, anodino y completamente incoloro, encajaba tan poco en su nuevo y costoso traje como un caballo fámlico en una carrera.

Le seguí con la vista cuando se dirigió a un magnífico coche rojo y níquelado, que, según calculé mecánicamente, debió de costar por lo menos seis mil quinientos dólares, para arrojar su maleta dentro. Después abrió la puerta y titubeó con un pie en el estribo. Su mirada estaba fija en el hospital, como si pensase en aprovechar la ventaja de aquella oportunidad para ir a ver a su dentista o esperar a desaharle al día siguiente. En aquel momento parecía tan amenazador como un dependiente de ultramarinos que contemplase un cuestionario del Instituto Gallup.

Con un ademán súbito e impaciente escupió su cigarro. lo pisó, se arregló sus tirantes "Príncipe de Gales", subió a aquel brillante cuarto de baño encarnado, y se alejó.

Podía o no haberme reconocido; pero ¿qué importaba ya?

Me quedé mirando estúpidamente a un camión parado delante de la casa de los Kyle. Me pareció familiar, pero no pude relacionarlo con nada ni con nadie. Tuve la impresión de que sufría una amnesia parcial. Me dirigí hacia la puerta. Al meter la llave en la cerradura, una súbita ráfaga de viento agitó las plantas y una rociada de agua de lluvia me cayó en el rostro. Esto me pareció muy gracioso, y me eché a reír. Mi risa cesó bruscamente al oír sonar el teléfono. Dió una llamada y media solamente, lo que indicaba que lo habían cogido y también que tendría que cruzarme con alguien al dirigirme a mi dormitorio. Esto me disgustó.

En la oscuridad del vestíbulo tardé unos instantes en reconocer aquel rostro pálido y aquellos ojos grandes y tristes. No esperaba encontrarme a Phyllis.

—Es para usted—dijo, con voz apagada—. Cuando acabe, le ruego que venga a la salita. Tengo que hablar con usted.

Me entregó el teléfono. Pensé decirle que no teníamos nada de que hablar que pudiera interesarme, que yo tenía algo muy importante que hacer—dormir—y que, cuando me despertase, haría mis maletas para marcharme. Creo que pensé decirle esto; pero lo que hice fué mover la cabeza al verla alejarse y entrar en la salita.

(Continuará.)

(Publicada con autorización de la Colección "El Buzo".)

DOMINGO CARLES. — Por la

obra se puede llegar a ciertas conclusiones acerca de la psicología del autor. Bien es verdad que en la posible regla existen excepciones como en el caso del Perugino y de otros varios maestros; pero si suprimimos conductas accidentales y nos atenemos a modos y maneras de estar en la Vida, es fácil encontrar en los amarillos de Van Gogh la consecuencia infeliz de su muerte, mientras se desangraba fumando "caporal" y, como buen poseo de la Pintura, gritando el nombre del color que tanto le atormentó en su vida. Y, así, ante los lienzos de Carles es fácil coleccionar la auténtica elegancia espiritual de este pintor, y aquí la palabra tiene una adjetivación puramente plástica, y parecida a la que pudiéramos atribuir a un Watteau o a un Fragonard. Carles es el pintor que de período en período brinda una colección de óleos dedicada, casi por entero, a los "floreros", y en su paleta el género adquiere una importancia de especialista, de estudioso y de amante de las flores que es su "leit-motiv" en una existencia dedicada por entero al Arte, en muy variadas manifestaciones, y muy señaladamente en este apartado de la Pintura, donde cuenta ya con ese resumen de Museos que garantiza a un pintor la pequeña inmortalidad que se puede alcanzar en la existencia del artista. Las flores en Carles son preferencia íntima y, además, tema de Pintura. Si hacemos comparación con obras suyas anteriores veremos que los lienzos se han ido profundizando con los años. El pintor no se ha quedado detenido en el tiempo y en la fórmula feliz que le permite el éxito económico, sino que, asimismo, se ha ido forjando obligaciones e intereses plásticos y ha ido engrandeciendo esta Pintura amable, segura y cierta, obediente a un tiempo, y fiel a un sistema. Por eso en el abanico abierto de

Noticia y crítica de ARTE

la Pintura el nombre de Carles tiene su signo y su valor dentro de una estética determinada. Adquiere los méritos porque su cuadro entraña problemas, plantea soluciones y obedece a un



"Florero", de Carles.

crítico plástico que, bien nutrido de sabiduría y abundante de sensibilidad, hace que los rojos, azules y verdes no sean repeticiones de un aprendizaje refrendado con numerosos éxitos, sino resultados obtenidos por un deseo de encontrar en la materia una definición completa. De ahí que sus "floreros" en la buena compañía de unas marinas en donde el mar, a lo Marquet, se presenta con un tono alegre de bienvenida, afianzan este nombre de Carles tan vinculado a la historia de la Pintura catalana como compañero de Picasso, Dalí, exaltador de Alsina y Nonell y al buen servicio que sus conocimientos han hecho en un ámbito de selección que él ha sabido formar, imponer, cuidar y, lo que es más difícil, mantener.

BONNIN.—El apellido ya explica esta exposición de acuarelas, de acusados tintes decorativos, hijas del conocido acuarelista del mismo apellido, fáciles, y muy propicias para que el visitante canario reconozca con exactitud paisajes, calles y plazuelas de Tenerife. Un quehacer honrado, un buen discípulo de su padre y una colección más de acuarelas, insertas en otro pasado momento artístico y siempre

oportunas para que el espectador admire el verismo y la habilidad de un hombre que con la aguada recoge fielmente luces, piedras y árboles.

IZQUIERDO.—He aquí un pintor que firma con esperanza. En el difícil, áspero, duro y eterno camino de lo abstracto, este artista, que ahora empieza, puede realizar una obra con características importantes. Apunta, señala y consigue un valor del color en libertad, pleno de emotividad y de sugerencias. Su obra brinda un mundo subjetivo, y también es generosa para que en ella encontremos nosotros el nuestro; ese inventado que es el que, al fin y al cabo, importa hallar en la Pintura.

Izquierdo es preciso que no olvide que en Arte es imprescindible ordenar, construir y crear el cuadro-objeto. No es bastante anunciar una bella noticia, sino dejarla bien explicada, sin fugas o fallos. En su presentación en el catálogo figura un bello verso—aunque esté escrito en prosa—que dice así: "Se nos mueren los rojos caballos sobre los duros andamios de la tarde." Bien. Ahora lo tremendamente difícil es pintarlo de forma y manera que esto sea así y no de

otra manera. Pero en este primer muestrario ya ha hecho suficiente Francisco Izquierdo con decirnos que al paso de los años—pintar cuesta muchos, muchos años—tiene posibilidad de hacerlo.

MASRIERA Y CARRERAS.—Estamos ante la orfebrería con una ambición de creación. He aquí dos orfebres que no se acomodan a realizar las copias eternas de estilos que fueron y que seguirán siendo mientras existan los objetos que llevan una impronta genial; pero que no deben subsistir en la monótona y fácil imitación. Entre la obra expuesta destacan algunos modelos que inician—no muy valientemente—una nueva formalización; mejor, una incorporación de modos e ideas del día en aplicación a la orfebrería religiosa, y en ese intento, dentro de una técnica bien sabida, radica la mayor atracción de este muestrario.

M. SANCHEZ-CAMARGO

Aparte de su eminencia como navegante y descubridor, Cristóbal Colón parecía poseer un don hasta ahora inédito: el de que le creciera la barba con toda la ídem en el brevísimo transcurso de una noche. En la Exposición colombiana celebrada en 1893 se exhibieron dos sellos conmemorativos del descubrimiento de América. En uno de esos sellos, con la leyenda de "Colón al divisar tierra", el descubridor aparece completamente rasurado. En otro, que dice "Colón desembarca", el almirante lleva una barba muy crecida.

MUNDO Ligero



LA CAMPANA QUE CANTA

Sobre la luminosidad del Sábado de Gloria, la campana, con su alegre y precipitado tañido, ahuyenta el dolor de los campos y de la ciudad. La campana gira y su voz se expande por la tierra anunciando, jubilosa, que Jesús ha resucitado. La vida cobra su ritmo, los corazones se abren a la alegría, y el humo de los hogares campesinos, el idílico rumor de las eras y el estrépito de las ciudades, al conjuro de la voz de la campana, se elevan hacia el cielo como un homenaje agradecido y como un ¡Hosanna! triunfal. Las campanas acompañan al hombre desde que nace hasta que muere. Cantan para él con la alborada de una vida y lloran por él en el instante en que vuelve a la tierra, mientras el alma torna gozosa al encuentro del Señor. Las campanas nos llaman a la casa del Señor y doblan por nosotros con el sollozo de la última despedida. En la vida del católico hay siempre un rumor de campanas, que en este Sábado de Gloria voltean jubilosas al entonar el Gloria de la Resurrección.



CAMPANAS DE ORO

La Iglesia abre de nuevo el esplendor de su liturgia. Brillan las luces, suenan los órganos desparramando el chorro de su armonía y el templo es un ascua de oro, encendida como homenaje a un Dios que ha consumado por los hombres el máximo sacrificio. Y siguiendo la estela de su gloriosa Ascensión a los cielos, las voces de los niños elevan hasta El, el Gloria in excelsis Deo, con aceros de campanas de oro. Es el momento único de la Resurrección cuando, de acuerdo con lo que figura en las Escrituras, el Cristo se despidió por última vez de sus discípulos amados e inicia la Ascensión a los Cielos. Los evangelistas describen el asombro de las piadosas mujeres al advertir que la lápida del Santo Sepulcro había sido apartada de su sitio; y el encuentro con los once apóstoles, las palabras de duda de Santo Tomás, y el anuncio de la venida del Espíritu Santo, y la elección de Pedro como cabeza de la Iglesia, y la orden para que fuesen a adoctrinar a las gentes, esta historia de la Resurrección culmina en el momento en que Jesús asciende a los cielos y desaparece tras una nube y los apóstoles quedan extasiados con el testimonio de la palabra del Redentor.

La alegría del sábado tiene algo de invisible y presente repique de campanas. Es este un sábado con gloria de sol, con músicas que cantan, desde las bocas abiertas de las ventanas, su canción resucitada. Entramos en una vida nueva a través del pórtico de este sábado, que florece en las macetas de nuestra ilusión como un geranio pinturero. Copla de barrio popular, vestido de percal en primavera, el Sábado de Gloria marca la línea fronteriza entre la penitencia y el clavel que abandona la mantilla. En el Sábado de Gloria se hace amor de esquina la mirada entrevista a través de una cárcel de encajes.

El sábado, por paradoja, es siempre el Domingo de Resurrección. Se abandona el trabajo, y la alegría triunfa en veinticuatro horas sin deber, sin horario de oficina ni barrera de mostrador. Las calles se ofrecen, anchas, al paseo con requiebro, y en las ramas agudas de las acacias se insinúa un verdor de brotes primeros. Todo es más joven entonces, porque el año dió comienzo a una nueva vida ganada por sendas de martirio. Parece como si las buenas gentes—las moctas, los jóvenes con traje de fiesta y esa matrona que, todavía, encandila los cincuenta años de un barrio con recuerdo—se hubiesen liberado de algo que ponía arrugas en sus vidas para lanzarse, ligeras, a la sencillez verdedica de un domingo, en el que todas las campanas armonizan un claro concierto de bronce. Nunca como en este día la congregación de los ramilletes buscan la fragancia acompañada de un pecho con amor.

Madrid es muy bello en este día. Desde su cielo baja, fragante, un perfume que da ganas al viento, porque es perfume de juventud.

(Dibujo de Serny.)

M. P. A.



Campanas de abril voltean
júbilo que el aire lleva.
Que tus campanitas sean
preludio de buena nueva.

Campanas para el amor.

Que te canten tus campanas
la música del Señor.

Campanas desde la torre,
saludando tu llegada.
El viento su correr corre
jugando a no jugar nada.

Campanas desde la ermita
por el campo y el confin.
La brisa a las flores cite
en la cita del jardín.

Campanas con ilusión.

Que te canten las campanas
dentro de tu corazón.

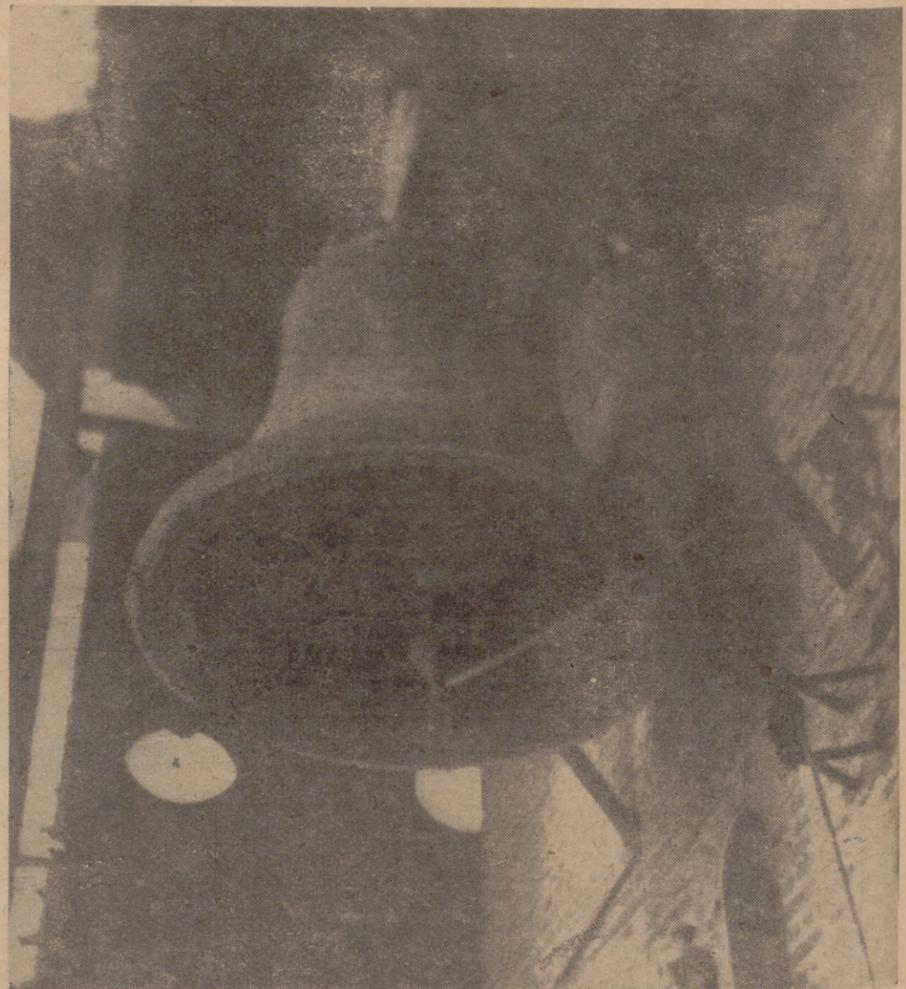
Que en el Sábado de Gloria
a gloria de las campanas
te lleve, como a una novia,
su requiebro musical.

Y que en todas tus mañanas
su armonía volteada
dé preludio a tu jornada
para librarte del mal.

Que traiga nueva alegría
cada nacer de las horas.
Que amanezca cada día
como un sábado gentil.
Y que si alguna vez lloras,
quede tu llanto cambiado
por el canto ilusionado
de las campanas de abril.

Campanas para cantar.

¡Que te canten las campanas
lo que quieras escuchar!



LA CAMPANA MUDA

Durante una semana, las campanas han enmudecido. Su canto de bronce no ha caído sobre los campos ni las ciudades. En la inmensa soledad, y en el inmenso silencio de los campos, su voz era la única que, por las mañanas y al caer la tarde, cuando las sombras se espesan sobre el río y los álamos salmodian sus rezos como una fantasmagórica procesión que camina en la noche, llamaba al hombre con una resonancia de eternidad. Durante una semana han enmudecido, porque la muerte de Dios pesaba sobre la tierra. Y ni tan siquiera han dado el breve tañido de difuntos, porque que no hay voz ni lamento que pueda expresar el dolor por la muerte del Hijo de Dios.